

El último aliento

Peblo

Las gotas de sudor resbalaban por los brazos de ambos guerreros; la espada incandescente descansaba de forma vertical a la altura del hombro derecho del Guerrero de Fuego, por el otro lado un gran mazo descansaba sobre las palmas de la mano superior derecha y de la mano inferior izquierda del Guerrero de Tierra.

Ambos enemigos no movían un ápice de sus cuerpos, el más mínimo titubeo significaría la perdición de cualquiera. El sol estaba en todo su esplendor y la brisa acariciaba el rostro de los combatientes. El único indicio de vida era la respiración entre cortada de ambos. El combate llevaba ya mucho tiempo de haber comenzado. Sus mentes tan relajadas y tensas a la vez procuraban enfocarse en descifrar las intenciones del oponente.

Fue en un momento inesperado que el Guerrero de Tierra, dos veces más corpulento que el otro, levantó el gran mazo por arriba de su cabeza y lo dejó caer sobre el cráneo de su enemigo. Sin titubear el Guerrero de Fuego movió su cuerpo a un lado de su posición inicial y levantó su sable de forma perpendicular al mango del mazo, debajo de él, sus pies se hundieron profundamente en el fango debido al impacto, sus muñecas comenzaron a temblar del esfuerzo y justo antes de sucumbir, de sus labios surgió un rugido que produjo que su sable estallara en llamas y provocara que el mazo saliera volando por los aires. El metal crujió al caer de canto sobre el suelo, el Guerrero de Fuego aprovechó la oportunidad y blandió la espada de lleno contra el inmenso cuerpo del Guerrero de Tierra, este en un movimiento fluido colocó sus cuatro manos sobre la tierra y sus ojos resplandecieron, de sus manos un destello surgió y la tierra se levantó frente a él formando un tipo de muro que se interpuso entre él y mortal filo de su atacante. El Guerrero de Fuego se quedó tenso tratando de penetrar el muro pero era imposible, entonces el Guerrero de Tierra se levantó y con un grito hizo estallar el muro, grandes proyectiles se estrellaron contra su enemigo y en consecuencia su sable partió en dos.

La situación había regresado a su inicio, ambos se encontraban uno frente al otro completamente desarmados y más cansados que antes. Sin embargo sabían que el combate acabaría al mismo tiempo que alguno de los dos emitiera su último aliento.

Silencio sepulcral inundaba el ambiente y los latidos del corazón de ambos resonaban con un eco estruendoso. Sin armas, el combate subiría a un nivel más complejo, el que demostrara mejor dominio sobre su elemento sería el vencedor. Durante horas los guerreros se quedaron uno frente al otro sin moverse, y sin darse cuenta, el anochecer había llegado. Todo era oscuridad. Ninguno de los dos delataba sus intenciones.

En la inmensidad del paisaje lo único que se alcanzó a escuchar fue un par de gritos y una explosión que iluminó el escenario, después nuevamente silencio.